

El Positivismo Argentino, de Ricaurte Soler

Por JOSE CARLOS CHIARAMONTE

- * Tomado de: EDUCACION, Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación/Universidad Nacional del Litoral, Paraná/Entre Ríos. Argentina, Diciembre de 1960.

Una fundamental etapa de la cultura argentina abordada en París por un estudioso panameño. Singular conjunción que nos recuerda dos notables circunstancias de nuestro positivismo: su trascendencia fuera del país, especialmente en Europa —repercusión que no volvió a tener nuestro desarrollo cultural en ningún otro momento— y, paradójicamente, la muy escasa bibliografía consagrada a su estudio. Esto último, característica general, es cierto, de toda la historia argentina pos-

terior a Caseros, confiere al libro de Soler un mérito confirmado luego por los aciertos advertidos en su lectura y no disminuído por las discrepancias de criterio que puedan surgir de la misma.

Luego de los artículos de Francisco Romero, breve reseña a manera de introducción al estudio de este período, y del libro de Berta Perelstein, intento de valoración crítica inicial sobre el positivismo en el país (1), estaba abierto el camino para un ahondamiento en

-
- (1) Francisco Romero, *Tendencias contemporáneas en el pensamiento hispanoamericano e Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina*, incluidos en el volumen *Sobre la filosofía en América*, Raigal, Buenos Aires, 1952. Berta Perelstein, *Positivismo y antipositivismo en la Argentina*, Procyon, Buenos Aires, 1952. Dejamos de lado diversos trabajos menores o el tratamiento incidental en obras diversas, que no cambian este panorama. Recordemos el capítulo dedicado al positivismo en la obra de Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en *Obras Completas*, Claridad, Buenos Aires, 1949.

el mismo o, por lo menos, para un estudio más detenido de sus diversos aspectos parciales. La obra de Luis Farré (2) agregó nuevos elementos que, aunque de valor, no iban más allá de un panorama informativo general, dadas las características del libro, sobre algunas de las figuras más destacadas entre los positivistas.

La falta de una visión en profundidad sobre nuestro positivismo tornaba más acuciante su análisis. Positivismo y antipositivismo en la Argentina de Berta Perelstein había tenido el mérito de abordar de lleno el tema por primera vez. Junto a una extensa exposición inicial sobre el positivismo europeo, trabajo ya de por sí valioso para el estudio del pensamiento positivista argentino, añadía un examen de conjunto sobre el mismo con aspectos de indudable valor, como el análisis de las analogías entre positivismo y antipositivismo o el destacar los elementos originales de los positivistas argentinos con respecto a Comte y Spencer, tratando a la vez de establecer las razones de tal originalidad. Sin embargo esta obra se limitaba a esbozar los desarro-

llos más generales del período positivista, como lo advertía la autora en el Prefacio.

El Positivismo Argentino de Ricaurte Soler se introduce en el meollo del tema y ofrece la primera investigación detenida de algunos de sus principales aspectos, quedando sin tratar, en virtud del carácter monográfico de la obra, otros sectores de importancia, como, por ejemplo, el pensamiento pedagógico. Partiendo de aquella originalidad de los positivistas argentinos, puesta de manifiesto por Berta Perelstein, busca exponer sus características concretas a través del análisis de la obra de las figuras más destacadas. Le preocupa fundamentalmente el desenvolvimiento de sus doctrinas en busca de determinar las características específicas de las mismas. Halla así que el positivismo argentino no constituye, como suele afirmarse, un mero trasplante de las doctrinas de los filósofos europeos. Por el contrario, sostiene el autor, constituyó una superación del mecanicismo de Spencer, superación que se tradujo en el desarrollo de un anti-intelectualismo muy marcado.

(2) Luis Farré, Cincuenta años de filosofía en la Argentina, Peuser, Buenos Aires, 1958. Cf. caps. I a VIII. Son de utilidad en esta obra las indicaciones bibliográficas relativas a cada autor tratado. La bibliografía más completa es, sin embargo, la que figura al final del libro de Soler.

Anti-mecanicismo y anti-intelectualismo fueron en él unidos al biologismo evolucionista, en el que el influjo de Lamarck atenuaba las limitaciones mecanicistas de Darwin.

Es de notar, en este sentido, el rechazo del organicismo spenceriano como explicación sociológica (Bunge, Ingenieros). José Ingenieros construye entonces una sociología de fundamentos biológicos pero rechazando las analogías ilegítimas que llevan a considerar la sociedad como un organismo similar a los biológicos. Su sociología genética remite así a las peculiaridades de la evolución filosófica argentina del positivismo, peculiaridades plenamente visibles en Ameghino quien había impulsado vigorosamente el desarrollo de un monismo naturalista evolucionista (materialismo) que rechazaba el agnosticismo de Spencer. Bunge e Ingenieros desviaron —sostiene Soler— este pensamiento materialista del intelectualismo, y del mecanismo, conservando el inicial fundamento biologista. La filosofía de Ingenieros, estudiada por el autor con particular detenimiento, constituye la culminación de este desarrollo filosófico que mostró cómo "... la superación real del mecanismo evolucionis-

ta y de las diferentes especies del intelectualismo positivista no habrían de fundarse necesariamente sobre el espiritualismo y el idealismo, sino que, por el contrario, esto era posible explotando las virtualidades inherentes al naturalismo filosófico" (p. 265).

En afán de poner de relieve los rasgos valiosos, generalmente subestimados, del pensamiento positivista argentino, Soler parece pasar por alto las limitaciones internas que lo trabaron, pese a todo el esfuerzo de algunos de sus representantes por superarlas. Ingenieros, por ejemplo, que fue sin duda el más importante de los positivistas argentinos, al par que el menos positivista de ellos. El mismo rechazaba considerarse incluido en esa corriente "... que estuvo de moda —decía— cuando yo era niño y que siempre he considerado filosóficamente insuficiente." (3). Sin embargo nunca se libró completamente de su influjo y su labor necesita ser enjuiciada en función de esa lucha consigo mismo, de ese querer rechazar el positivismo y el hacerlo por vía de aquella metafísica de la experiencia que no logra desprenderse de ciertas estrecheces positivistas ni constituye —y esto puede ser un mérito

(3) Cit. por Héctor P. Agosti, *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1950; pág. 99.

suyo— una verdadera metafísica. Pues como lo observara Korn, en tono de reproche, ella no es “la continuación de la ciencia”, no trata de lo aún no alcanzado por la ciencia sino de lo que nunca puede ser abonado por ella” (4). Ingenieros convertía la metafísica es una elaboración de hipótesis sobre el campo de la realidad aún no alcanzado por la ciencia, hipótesis regidas siempre por los datos científicos. Ingenieros, materialista que no se atrevía a reconocerse como tal, metafísico más por inadvertidos resabios positivistas que por su intento de metafísica de lo “inexperiencial”, constituye la máxima expansión de las posibilidades que ofrecía el materialismo metafísico de la filosofía argentina de la época. Pero no creemos que hubiese logrado superar su inicial estrechez mecanicista que el materialismo sólo pudo lograr por vías de la dialéctica. Esto se hace plenamente visible en el terreno sociológico, donde hipótesis economicistas (influencia del marxismo, pero muy lejos de su esencia dialéctica) se unen a tesis raciales sobre la población latinoamericana que, aunque desprovista

de la intención que adquirió el racismo europeo, denotan las deficiencias que apuntamos. La superación del organicismo de Spencer no llega a desembarazarlo totalmente del mecanicismo (5).

El autor criticaba, en la introducción a la obra, el error metodológico, advertido con frecuencia en el estudio del pensamiento hispanoamericano, de efectuar imputaciones sociológicas sin suficiente fundamentación en investigaciones concretas de carácter económico y social. El atribuir a pensadores como los positivistas carácter representativo de determinados grupos o clases sociales sería, a juicio de Ricaurte Soler, un exceso de ese tipo. Se trata de una muy justificada prevención que tiende a evitar los esquemas sociologistas que deforman la naturaleza de los hechos culturales. Sin embargo creemos que el autor lleva su criterio metodológico hasta el punto de comprometer la necesaria historicidad de la investigación. Si bien faltan estudios exhaustivos de la estructura social argentina del período abordado, existen empero trabajos parcia-

(4) Cf. A. Korn, op. cit., pág. 599.

(5) Compartimos en este sentido la observación formulada por Julio Luis Peluffo en su reseña crítica de la obra de Soler, publicada en Cuadernos de Cultura, N° 43, Buenos Aires, set.-oct. 1959. p. 100 y ss.

les como para ofrecer un cuadro de las características generales de las clases sociales de la época. Además de haberse publicado en 1955 la *Historia económica de la Argentina*, de Ricardo M. Ortiz (6), donde se encuentran elementos de suma utilidad para tales efectos. Deponer la "perspectiva sociológica" para limitarse al estudio del contenido teórico de las doctrinas del positivismo argentino equivaldría, si ello se cumpliera estrictamente, a impedir la captación del real significado de tales doctrinas y por lo tanto de la esencia del hecho cultural, colocado frente a ella, fuera de ella y ésta pierde así su sentido histórico, es decir su esencia. Hacer historia de la filosofía, se ha dicho con justeza, es "historizar la filosofía", sacar a luz el nexo histórico entre los filósofos y la realidad histórica en la que estaban inmersos (7). Los puntos de vista metodológicos del autor llevan a perder a menudo el sentido histórico del positivismo argentino y esto se revela también en la ausencia en su obra de la interrelación constante de las doctrinas positivistas con toda la actividad cultural de la

época. No ocurre así en ciertos momentos como, recordamos, al poner de relieve acertadamente el nexo cronológico entre el desarrollo científico argentino del 60 al 80 y la tardía aparición —respecto a Europa— del positivismo en el país. Pero falta el panorama de la actividad cultural argentina finisecular en la que se gestó y sobre la que influyó nuestro positivismo.

Difícil será entonces no incurrir en cierta esquematización, pese a todo el empeño de Ricaurte Soler en evitarlo. Nos referimos al juicio consignado al final del libro, que intenta fijar a manera de hipótesis, la significación histórica del positivismo argentino. La forma global en que se juzga a todo el período positivista es, a nuestro juicio, incorrecta, pues el conjunto de intelectuales reunidos bajo esa denominación general presenta diferencias muy notables y hasta antagonismos. Ello hace imposible el ubicarlos social, política o filosóficamente en una sola perspectiva común. "El positivismo —dice el autor respecto del argentino— se relaciona primero con la democracia liberal, y

(6) Ricardo M. Ortiz, *Historia Económica de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955, 2 tomos:

(7) Cf. Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Einaudi, Torino, 1958; pág. 233.

por tanto, con los grupos sociales (burgueses) que constituyen su infra-estructura" (8). Pero luego, en virtud de ciertos factores fue llevado a "...identificarse con las luchas políticas y sociales del proletariado cuando esta clase comenzó a jugar un papel histórico importante en la sociedad argentina" (9). Nos parece no sostenible en general esta línea de evolución que, por ejemplo en el segundo momento, vale sólo para algún caso excepcional como el de Ingenieros, y éste en la misma medida en que el autor de *Los tiempos nuevos* busca desembarazarse del positivismo. Por otra parte, si bien Soler trata de reivindicar con justicia la proyección democrática de la actividad del conjunto de los positivistas, contra lo ocurrido en Europa, existen entre ellos diferencias muy notables que merecen más atención, pues denotan una compleja situación histórica, como lo indica el hecho de que una ideología liberal-democrática fuese apañada por gobiernos de los sectores más conservadores del país, debido a un conjunto de circunstancias cuya sola descripción excedería

los límites de esta nota. El caso de Juan A. García —que no consideramos que deba ser excluido, como sucede en la obra de Ricaurte Soler, de la corriente positivista— es muy significativo por su evolución ideológica que va desde las primeras memorias cuando era Inspector de enseñanza secundaria —memorias de neto corte utilitarista— hasta las páginas tan distintas de los *Ensayos sobre nuestra incultura* (10), en la que se traduce el impacto producido en el espíritu de García por algunas experiencias históricas como la Revolución Rusa o la Reforma del 18.

Todo lo apuntado nos lleva a una última reflexión. ¿Es lícito aún aplicar la denominación de positivistas a todos los pensadores argentinos así llamados tradicionalmente? Ricaurte Soler aporta muy valiosos análisis que permitirían abandonar el término en más de un caso, y no precisamente en el de Juan A. García. Florentino Ameghino es uno de ellos; Ingenieros merecería, quizás, ser otro. El autor advertía en las primeras páginas sobre la insuficiencia

(8) R. Soler, op. cit., pág. 267.

(9) Op. cit., loc. cit.

(10) En Juan A. García, *Obras Completas*, Zamora, Buenos Aires, 1955, 2 tomos. Respecto a las *Memorias*, Cf. en el prólogo de Narciso Binayán, págs. 10 y ss.

de esta calificación. Pero la continúa utilizando en mérito a la "tradición terminológica fuertemente enraizada en la historiografía del pensamiento hispanoamericano y argentino" (11). Se remite por otra parte, a la siguiente definición extraída del Vocabulario técnico y crítico de la filosofía de Lalande: Se confiere el nombre de positivismo a todas las corrientes "...que tienen como tesis comunes que únicamente el conocimiento de los hechos es fecundo; que el tipo de certeza es suministrado por las ciencias experimentales; que el espíritu humano... no evita el verbalismo o el error más que con la condición de mantenerse sin cesar en contacto con la experiencia y de renunciar a todo a priori" (12). Nos parece que debía agregarse la continuación de este texto, pues allí se añade otra característica esencial del positivismo que justifica aún más nuestra sugerencia. Añade Lalande "...en fin, que el dominio de las "cosas en sí"

es inaccesible, y que el pensamiento no puede alcanzar más que relaciones y leyes..." (13). Ameghino, Ingenieros y otros fueron declaradamente anti-agnósticos, como lo pone de manifiesto Soler en el transcurso de su libro. Es mérito de Ameghino haber desarrollado consecuentemente —y por vez primera en el país— una filosofía materialista, claro que constreñida aún por limitaciones mecanicistas y metafísicas que trató de superar Ingenieros sin conseguirlo.

Debemos poner fin a estas notas que cobran ya demasiada extensión. Mucho habría que añadir; especialmente sobre los no pocos méritos de la obra, dado que las observaciones críticas esbozadas no lo disminuye en absoluto. Lejos de ello, estimamos que El positivismo Argentino de Ricaurte Soler deberá ser considerada como un destacado aporte al estudio de nuestra historia cultural.

José Carlos Chiaramonte.

(Profesor de la Universidad Nacional del Litoral, Argentina)

(11) R. Soler, Op. cit., pág. 18.

(12) André Lalande, Vocabulario técnico y crítico de la filosofía, El Ateneo, Buenos Aires, 1953, pág. 987-88.

(13) Op. cit., loc. cit.